

Ressenyes: Símbolos y nuevos mundos

GOODMAN, Nelson y ELGIN, Catherine Z.: *Reconcepciones en la filosofía y en otras artes y ciencias*. Ediciones Universidad de Salamanca: Salamanca, 2017, ISBN: 978-84-9012-780-3.

Reconcepciones en la filosofía y en otras artes y ciencias constituye un proceso de reelaboración analítica que atañe a la epistemología, la semiótica y la estética de forma específica. Se trata de una de las primeras colaboraciones de Catherine Elgin y Nelson Goodman, publicada por primera vez en 1988. En este sentido, la presente edición al castellano ofrece la posibilidad de reconsiderar la importancia de su relación intelectual, que se mantiene vigente académicamente. Catherine Elgin continúa investigando algunos de los temas centrales que agrupa este libro y es la albaacea del trabajo de Goodman. Además, en el libro se aprecia el resultado de sumar lo característico del conjunto de sus respectivos trabajos; tanto el carácter inquisitivo y riguroso de Elgin como la claridad y capacidad reflexiva que han hecho a Goodman uno de los filósofos analíticos más importantes del siglo XX.

En concreto, la ejecución y el objeto de *Reconcepciones* es especialmente interesante. Una de las tesis principales que Goodman y Elgin asumen como reivindicación en su trabajo es la equivalencia del arte, la ciencia y la filosofía como campos de conocimiento. Por lo tanto, su propuesta explora y predice posibles consecuencias que se refieren a toda forma de cognición o actividad en general. Pero, precisamente, el sentido de la reconcepción que el libro pretende implica considerar un significado alternativo de la filosofía, la ciencia y el arte, o, mejor dicho, asumir como pretensión teórica de la filosofía, la construcción de una nueva disposición a la de hora de considerar lo que estas constituyen: mane-

ras de significar y de comprender significados.

La estructura de dicho proceso de reconcepción, esto es, del libro en su conjunto, es, al mismo tiempo, abierta y circular. Por un lado, Goodman y Elgin dedican la primera y la última de las tres partes del libro —«Visión de conjunto» y «Predicciones»— a la exposición, argumentación y cierre de la teoría conocimiento que definen como objetivo de su investigación. El resultado es una crítica que sirve como diagnóstico y punto de partida para la fundamentación positiva, cohesionada y más extendida, de su propia propuesta. El cuerpo del libro equivale a la segunda parte, cuyo contenido responde a su título, «Exploración». Cada uno de sus capítulos, constituye un ejercicio práctico de construcción de la teoría del conocimiento que pretenden Goodman y Elgin. Además, sus resultados son sintetizados en la parte final y descritos como una definición del problema, frente al cual, reconocen, queda mucha tarea por hacer.

Primero, Goodman y Elgin comienzan su análisis de símbolos planteándose en qué consiste su uso y, en consecuencia, formulan una teoría general que da cuenta en el mismo sentido de qué son los símbolos y de cómo funcionan. A continuación, indagan en distintos casos (algunos concretos como los referidos a la relación entre Picasso y Bach o la definición de variación y otros generales, como la significación de los edificios y, por extensión, de la arquitectura) la tesis de que la condición de los símbolos va más allá de su función y su carácter instrumental. Los símbolos

son una parte fundamental de aquello a lo que refieren. Y finalmente, sintetizan las conclusiones resultantes del proceso de reconcepción tanto para poner de manifiesto la deficiencia actual de la filosofía como la constatación de que el origen de esta reside en las dificultades y problemas constitutivos de su concepción. En consecuencia, Goodman y Elgin concluyen la necesidad de una reconcepción de la filosofía y, en general, a todas las demás formas de cognición, esto es, la ciencia y el arte.

De acuerdo con esta agrupación de estructura y contenido, es posible considerar la importancia y la claridad de las ideas de Goodman y Elgin en función de dos grandes bloques. Por un lado, el principio y el final del libro corresponde a la exposición de las tesis principales de su teoría de la simbolización y, por otro, a lo largo de todo el libro, dichas tesis se aplican de forma práctica en su exploración estética.

La primera aproximación a la teoría de la simbolización que Goodman y Elgin proponen como teoría del conocimiento, consiste en una definición negativa. Su propuesta se articula en el rechazo tanto de la verdad única, que definen como tesis central del absolutismo, como de la paridad de lo verdadero y lo falso, que corresponde al nihilismo.

Para los autores, una panorámica del estado actual de la filosofía pone de manifiesto que los conceptos medulares de certeza, verdad y conocimiento han pasado a caracterizarse por la falta de claridad y el fracaso. Las dos esferas en la que dichos conceptos funcionaban, es decir, la justificación teórica y la contrastación empírica se han demostrado como imposibles. Con ello, se confirma la necesidad de una reconcepción de la filosofía. Pero, también, se vuelve notorio hasta qué punto la epistemología ha funcionado siempre a partir de restricciones. Aunque en la evolución tradicional de la epistemología la búsqueda de verdad y certeza justificaba su restricción,

una vez abandonada toda esperanza al respecto, la disciplina continúa supeditada y coartada en función de su búsqueda. Una de las consecuencias más significativas de esa restricción, era la negación sistemática de la importancia cognitiva de lo figurado, lo evaluativo y lo verbal.

Goodman y Elgin formulan esta agrupación de receta y diagnóstico analizando cada uno de dichos conceptos medulares, que han orientado la epistemología hacia un análisis coactivo y finalmente, a su derrota. El concepto medular de verdad se ha entendido como la correspondencia entre el discurso, la descripción, y el mundo, lo descrito. Por tanto, en la medida que ha presupuesto dicha distinción, se enfrenta a un problema doble: el mundo independiente del discurso no existe y si existiera una correspondencia entre la descripción y lo no descrito, esta no podría ser comprendida. La funcionalidad de la verdad se reduce, para Goodman y Elgin, a una clasificación útil de los enunciados. Algo que, por ejemplo, está más que asumido en la práctica científica. Sin embargo, al convertir un concepto funcional en la única consideración y en el objetivo predominante del conocimiento, la verdad ha restringido la filosofía.

La certeza ha producido un efecto similar y también, como concepto, mezcla de forma necesaria cuestiones que son de por sí dispares. La certeza exige la demostración de las premisas para que estas sean asumidas como creencias, es decir, para que estén justificadas. En este sentido, la certeza ha sido considerada una condición para el conocimiento. Ahora bien, la demostración no puede funcionar como una condición para la certeza y ser al mismo tiempo, algo que esta proporcione. Del mismo modo, la justificación, que funciona como criterio del conocimiento para la epistemología tradicional, no puede obtenerse de la demostración, porque la dependencia entre justificación y demostración

es recíproca. El conocimiento es quizá la noción más problemática, porque implica tanto verdad como certeza, así que incluye tanto los problemas de ambas como otros ulteriores.

Como sustitución de estos conceptos epistemológicos centrales, Goodman y Elgin formulan nociones alternativas. En lugar de la verdad, la corrección resulta un concepto más operativo y con un alcance mucho mayor. Incluso, el empleo de la corrección pone de manifiesto el carácter contextual y contingente de la verdad. Junto con otros factores como el efecto o el uso, la verdad funciona como un elemento ocasional de la corrección de lo que se dice. También, en lugar de la certeza, los autores proponen el concepto de adopción como una opción con más ventajas y que no exige compromiso epistémico. La adopción puede participar en la generación de corrección, aunque esta no sea una consecuencia necesaria.

Finalmente, Goodman y Elgin propone una optimización del conocimiento mediante su sustitución por el concepto de comprensión. Esta no necesita ninguno de los elementos que al conocimiento le son indispensables, como la verdad, la creencia y la justificación; y, por consiguiente, está libre de sus problemas. Al mismo tiempo, en conexión con la adopción y la corrección, la comprensión tiene un alcance mayor que el conocimiento en su sentido tradicional. Igual que el conocimiento, la comprensión hace referencia a un proceso, una capacidad y una consecución. La capacidad de comprender es una facultad cognitiva, implica un hacer cognitivo. Pero en la medida en que este consiste en un proceso continuo y siempre parcial, equivale en todo momento a un rehacer cognitivo del mundo y por eso, tiene un sentido inclusivo. Siempre equivale a un logro determinado y a un proceso en marcha.

En este sentido, Goodman y Elgin afirman que la dependencia entre conocimien-

to y experiencia es recíproca. La mente siempre se encuentra activamente implicada en la percepción. Esta idea junto con el establecimiento de la corrección como criterio de validez son pilares de su teoría de la simbolización. La base de toda simbolización es la referencia, es decir, la relación entre un símbolo y aquello que simboliza. En base a esta relación, se construyen los sistemas de símbolos, que constituyen el objeto de estudio de todas las formas de cognición: el arte, la filosofía y la ciencia.

Al conocer, llevamos a cabo un proceso de ordenación que consiste en diferenciar un determinado conjunto o dominio de objetos. El procedimiento de describir un objeto conlleva aplicar a este una etiqueta, es decir, una de las posibles alternativas que clasifican los objetos pertenecientes a un dominio. De esta forma, se construyen los esquemas o sistemas. Así, los sistemas se orden en función de alternativas implícitas, pero de ello no se deriva que sean mutuamente excluyentes, sino que, al contrario, los símbolos no tienen un significado unívoco. Dentro de un mismo sistema, pueden referir de muchas maneras y, en general, están sujetos a una pluralidad de interpretaciones.

Los modos principales en los que un símbolo puede referirse a los objetos de un dominio son la denotación y la ejemplificación. La denotación es la relación entre una etiqueta y aquello que la etiqueta marca. La ejemplificación consiste en la referencia de un símbolo a propiedades que le son propias. En este sentido, los ejemplos muestran tanto las propiedades que poseen como a las que se refieren y, por eso, la ejemplificación es selectiva, funciona en el sentido contrario al de la denotación. Existen, también, otros modos indirectos como la variación, la alusión o la expresión.

La construcción y aplicación de sistemas está orientada a la búsqueda de equilibrio y dependen de diversos factores y objetivos. Si un símbolo puede ser descrito

de infinitas maneras, tiene infinitas propiedades. En este sentido, pueden coexistir alternativas en contrarias sin alterar el equilibrio de un sistema y sin que sea posible dar primacía a unas sobre otras. Por ello, Goodman y Elgin sostienen un pluralismo epistemológico al que también es posible denominar relativismo constructivo. El relativismo constructivo de Goodman y Elgin se articula en una idea fundamental de su teoría de la simbolización que desarrollan en su exploración estética, a lo largo de toda la segunda parte y la más extensa del libro. Se trata del nexo entre simbolización y construcción de mundos. Mediante la simbolización, toda disciplina crea un nuevo mundo y el proceso de creación de mundos, esto es, el proceso de comprensión es siempre interminable y abierto.

Los sistemas son productos de nuestra actividad cognitiva y las diversas clases de corrección a las que nuestros enunciados están supeditados depende de los sistemas que hayamos sido capaces de idear mediante el proceso de adaptación y comprensión en la cognición artística, científica o filosófica. La diversidad de mundos es la justificación del pluralismo de Goodman y Elgin. Se trata de la explicación que acompaña a su afirmación de que la posible infinidad de interpretaciones de un símbolo, cuando existe conflicto entre varias interpretaciones, no produce anulación ni supone una deficiencia o problema del sistema. Al contrario, es

compatible con la pretensión general de equilibrio que perseguimos en la construcción de sistemas. Si existe varios enunciados en conflicto que son verdaderos, lo son en mundos distintos.

Goodman y Elgin demuestran sus conclusiones de forma especialmente ilustrativa en la literatura y la arquitectura. En el caso de la literatura, por ejemplo, el pluralismo no resulta problemático. No existe un conflicto entre la interpretación y la identidad de la obra, a pesar de que siempre existe una pluralidad de interpretaciones de obra y todas se refieren al mismo texto. Del mismo modo, los edificios simbolizan generando varios mundos. Una edificación artística, es decir, aquella que se construye o conserva sin tener en cuenta su función práctica, transforma el espacio circundante y representa épocas o acontecimientos pasados.

La conexión entre la simbolización y la creación de mundos expresa la relación con la realidad en todos los campos del conocimiento. Este es su aspecto más crucial y significativo, y también, el sentido en el que Goodman y Elgin llevan a cabo una reconcepción expansiva y abierta de la filosofía.

María Cristina González Álvarez

Universidad de La Laguna,
Facultad de Humanidades
Sección de Filosofía
mariaglezzal@gmail.com